

siglo pasado en París. La mayoría de los ceramistas españoles que siguen estas tendencias de pureza tectónica en línea y materia son consecuencia de este «extranjerismo»; por lo que sus piezas igual podrían ser de alfares españoles que de más allá de los Pirineos, incluso son muchos los que trabajan con materias importadas de Inglaterra, Francia, Checoslovaquia, etc.

De aquí que esta parte del público de las exposiciones madrileñas que «está de vuelta de todo», pero que no conoce —porque no se lleva— el meollo de nuestro arte castizo, considere estas obras de Juanjo como desarraigadas de nuestro suelo, en un afán de europeización que es lo que a ellos les sorbe el seso.

Nada más incierto: Juanjo mantiene firme —aunque renovado de acuerdo con la vida actual— el concepto cerámico tradicional trabajando con las mismas materias, con las mismas formas que sus antepasados.

Lo que ha hecho —y éste es su hallazgo— es aumentar, descubrir nuevas posibilidades técnicas y estéticas de estas materias; creando técnicas mate, contracciones, calidades vegetales, con los óxidos españoles y arcillas de Talavera y Calera.

Anulando la repetición de modelos clásicos y enriqueciendo con ello «racialmente», y no por imitación extranjera, la maravillosa riqueza cerámica española.

Este respeto a la materia cerámica tiene en las artes del fuego mucho más interés del que a simple vista parece, originado por ser las materias con que trabaja el cera-

mista las más cargadas de energía espiritual, de valores super-materiales cuya existencia, en las arcillas, en los óxidos, en los esmaltes, no debe el ceramista ahogar cuando surge de forma inaprensible de sí misma. Ya lo dijo Santa Teresa: «Dios está también entre los pucheros», palabras que exaltan el valor espiritual del barro.

El mundo cerámico —salvo excepciones como esta de Juanjo— está cada día más influenciado por el orgullo artístico de renunciar a valores sencillos y espirituales, tras una exagerada perfección técnica de laboratorio, que convierte las vasijas en materias vanidosas, sin alma, son piezas para clínica, no para «vivirlas».

Por el contrario, la obra de Juanjo Ruíz de Luna, entrañablemente humana a pesar de sus concesiones abstractas, podemos imaginarla junto al fuego, sobre la más castiza campana de un hogar cargado de tradiciones y cuyos moradores se hallen presentes, a su vez, en las más bellas realidades y ensueños de nuestros días.

En la exposición se nota la falta de asas en alguna vasija. ¿Por qué?; las asas a veces son línea y necesidad muchas veces. ¿Cómo Juanjo no «crea» sus asas, aunque hoy por lo general las desdeñen? El asa fué fundamental en la cerámica española, y a Juanjo le está reservado jugar su línea con el mismo espíritu de tradición y modernidad que las demás formas de su bella obra cerámica.

CARLOS MORENO GRACIANI

Profesor de la Escuela Nacional de Cerámica de Madrid

La rutina de cada día

Son las nueve de la mañana en una calle cualquiera de Toledo.

Todavía sentimos en el aire el molesto batir de las esteras, y si nos descuidamos, aún metemos el pie en un charco que se ha formado al regar la calle.

Dos niños, con sus bufandas casi hasta los ojos, van al colegio. Un tercero, en lugar de la lana a cuadros de colores, tiene ante la boca un descomunal bocadillo de carne de membrillo. Uno piensa en jugar a la pelota, el otro en su escopeta, el tercero sólo come.

Poco después, dos niñas, bajo sus copas de uniforme, llevan en una mano sus libros, en la otra un caramelo para el recreo y unas calderillas para el «peto de los chinos». Hablan seriamente como si fuesen muy mayores. Una, cuenta cómo su madre le está enseñando a hacer

puntillas. La otra, aprende a escuchar.

Salen de una Iglesia un grupo de piadosas mujeres. Piensan que por la tarde habrá una nueva novena. También sale un joven. Tiene fe en recibir lo que ha pedido y ha de darse prisa o no llegará a su trabajo.

Se abren las tiendas. Los motocarros, llenos de verduras, pasan haciendo demasiado ruido. Por las aceras cercanas la gente contrae la cara y retrasa o adelanta el paso para alargar distancias con el motor.

Las personas se cruzan con breves saludos o sin conocerse. Alguunos con caras de sueño; unos afeitados; no han tenido tiempo otros; con las manos en los bolsillos o sujetando carteras o herramientas, empiezan sus tareas; los funcionarios a rumiar papeles; los médicos ya tienen insensibles los oídos a los estetos-

copios; los obreros a respirar hierro y piedra; el estudiante de bachillerato ha de encuadernar el libro que más usa; las amas de casa van y vienen con sus cestas, mientras mentalmente suman la cuenta; en cada calle algún sacerdote se dirige a la Catedral...

...Son las nueve de la mañana en una calle cualquiera de Toledo.

JOSE MARIA GALVEZ PRIETO

